

El regreso a Decápolis

(Marcos 7.31—8.21)

Joe Schubert

La sanidad del endemoniado gadareno, según se narra en Marcos 5, tuvo lugar en Decápolis, un territorio gentil conocido especialmente por sus diez ciudades. Según Marcos 7.31—8.21, Jesús regresó a esa región para dedicarse a la enseñanza y a la predicación. Nuestro Señor entró en ese territorio solamente dos veces durante lo que se relata de Su ministerio.

I. EL SORDOMUDO (7.31–35)

Marcos 7.31–35 dice:

Volviendo a salir de la región de Tiro, vino por Sidón al mar de Galilea, pasando por la región de Decápolis. Y le trajeron un sordo y tartamudo, y le rogaron que le pusiera la mano encima. Y tomándole aparte de la gente, metió los dedos en las orejas de él, y escupiendo, tocó su lengua; y levantando los ojos al cielo, gimió, y le dijo: Efata, es decir: Sé abierto. Al momento fueron abiertos sus oídos, y se desató la ligadura de su lengua, y hablaba bien.

La condición en la que se encontraba este hombre era bastante lastimosa. Era sordo y en gran medida mudo. La Biblia dice que era «sordo y tartamudo». Marcos dice que Jesús le tomó aparte de la gente, para sanarlo. Debió de haber sido la tierna compasión por este hombre lo que le movió a tomarlo aparte de la gente y a tratar con él en privado. Metió los dedos en sus orejas, después escupió en los dedos y tocó su lengua. Jesús levantó los ojos al cielo y, dando un gran gemido, pronunció la palabra aramea: «Efata», que significaba: «Sé abierto». En seguida el hombre podía oír y hablar.

Fue un evento verdaderamente extraordinario. Hoy día, cuando una persona sorda recibe la facultad para oír, por lo general necesita que transcurra un período de tiempo para que pueda hablar, porque necesita que se le enseñe a hablar. Este hombre fue sanado al instante; y de inmediato

comenzó a oír y a hablar.

Cristo se apresuró a tomar medidas para impedir que se cometieran abusos con este gran milagro. En los siguientes dos versículos Jesús les mandó no decirlo a nadie.

Y les mandó que no lo dijeren a nadie; pero cuanto más les mandaba, tanto más y más lo divulgaban. Y en gran manera se maravillaban, diciendo: bien lo ha hecho todo; hace a los sordos oír, y a los mudos hablar (vers.^{os} 36–37).

Jesús habló a la multitud y le mandó no decirle a nadie. En el griego se usa el verbo en tiempo presente activo, lo cual significa que Jesús *continuó diciéndoles* que no divulgaran esta noticia. Pero la Biblia dice que «cuanto más les mandaba, tanto más y más lo divulgaban».

La razón por la que el Señor hizo esta petición fue impedir que la gente pusiera especial énfasis en Su ministerio. Durante todo Su ministerio, Jesús hizo abundantes esfuerzos por evitar que se le conociera como hacedor de milagros. Su misión y Su ministerio abarcaban mucho más que la sola hechura de milagros. No deseaba que la gente viniera a verlo tan sólo para ver las grandes maravillas.

II. LA MULTITUD DESESPERADA (8.1–10)

El relato de Marcos avanza al capítulo 8 sin hacer una pausa normal entre los capítulos 7 y 8. Marcos 8.1–10 dice:

En aquellos días, como había una gran multitud, y no tenían qué comer, Jesús llamó a sus discípulos, y les dijo: Tengo compasión de la gente, porque ya hace tres días que están conmigo, y no tienen qué comer; y si los enviare en ayunas a sus casas, se desmayarán en el camino, pues algunos de ellos han venido de lejos. Sus discípulos le respondieron: ¿De dónde podrá alguien saciar de pan a éstos aquí en el

desierto? Él les preguntó: ¿Cuántos panes tenéis? Ellos dijeron: Siete. Entonces mandó a la multitud que se recostase en tierra; y tomando los siete panes, habiendo dado gracias, los partió, y dio a sus discípulos para que los pusiesen delante; y los pusieron delante de la multitud. Tenían también unos pocos pecillos; y los bendijo, y mandó que también los pusiesen delante. Y comieron, y se saciaron; y recogieron de los pedazos que habían sobrado, siete canastas. Eran los que comieron, como cuatro mil; y los despidió. Y luego entrando en la barca con sus discípulos, vino a la región de Dalmanuta.

Hay semejanzas entre este relato que se narra en Marcos 8 y la alimentación milagrosa de cinco mil hombres que se narra en Marcos 6. Sin embargo, lo que interesa hacer notar aquí es que hay diferencias. Según se narra dos capítulos atrás, Jesús alimentó a cinco mil; en este capítulo se narra que alimenta a cuatro mil hombres. La alimentación de los cinco mil fue en territorio judío. Ésta, la alimentación de los cuatro mil, se da claramente en territorio gentil, la región de Decápolis, es decir, la región de las diez ciudades. En la alimentación de los cinco mil, había cinco panecillos; en ésta, en la alimentación de los cuatro mil, había siete panecillos. En la alimentación de los cinco mil había dos pecillos; en ésta, Marcos dice que solamente había unos pocos pecillos. En la alimentación de los cinco mil se recogieron doce canastas llenas de alimento después que todo mundo comió; en ésta se recogieron siete canastas llenas de pedazos. Llama la atención que la palabra griega que se traduce por «canasta» es diferente en estos dos relatos. En la alimentación de los cinco mil, que se narra en Marcos 6, la palabra que se traduce por «canasta» es *kofinos*, que describe la canasta en la que los judíos tradicionalmente llevaban los alimentos. Era una canasta más ancha en el fondo que en la parte superior, y su forma era semejante a la de una vasija para el agua. Era una típica canasta judía para alimentos. La palabra que se traduce por «canasta» en Marcos 8, es la palabra *spuris*, que describe una especie de cesto, y es la misma clase de palabra que se usó en la ocasión en que a Pablo lo bajaron por el muro de la ciudad de Damasco, descolgándole en una canasta, según se narra en Hechos 9. Esta canasta describe una típica canasta gentil que tenía una forma y propósito diferentes de los de la canasta judía. Por lo tanto, no queda duda alguna de que se trata de dos sucesos independientes y distintos, con dos audiencias completamente diferentes: una judía y otra gentil, sucesos que tienen lugar en dos lugares diferentes.

También hay semejanzas entre los dos milagros. Los alimentos presentes en ambos casos fueron panes y peces. Y en ambos casos Jesús multiplicó milagrosamente los elementos.

Puede que alguien pregunte: «¿Por qué repitió Él esta clase de milagro?». Tal vez, parte de la respuesta se encuentre en que Él estaba haciendo con los gentiles lo que ya había hecho con los judíos. Deseaba que a los gentiles se les enseñara las mismas lecciones que los judíos habían aprendido, de modo que los propios discípulos de Jesús entendieran que Su misión y mensaje incluían a los gentiles así como a los judíos.

Marcos, no obstante, da a entender muy claramente que este milagro de la alimentación de los cuatro mil fue llevado a cabo más que nada por la compasión que tenía Jesús de la gente. La gente había estado con Él sin probar alimento alguno desde hacía tres días. Era obvio que habían estado con él esperando ver un milagro. Se habían quedado tres días esperando ver algo que los maravillara. Exactamente como esperaba que sucedería, cuando la gente de la región salió y habló acerca de la sanidad con que bendijo al sordomudo, la voz corrió por todas las ciudades y de éstas salieron miles en tropel a verlo. Esta era exactamente la reacción que Él estaba tratando de evitar.

Aunque Marcos no lo dice, es probable que el Señor le enseñara a la gente durante el período de tres días. No me extrañaría que enseñara a esta gente algunos de los mismos principios que enseñó a la audiencia judía anteriormente. Pero a ellos no les satisfizo la enseñanza. Se habían quedado allí, esperando ver un milagro.

Después de tres días, la multitud se percató de que iban a tener que volver a sus casas. Jesús no se decidía a despedirlos por una única razón y ésta era que no tenían alimento. Temía que se desmayaran en el camino a casa. En realidad no deseaba hacer más milagros, para que la gente no fuera a malentender el verdadero propósito de Su ministerio y de Su misión. Hizo un milagro, no obstante, por el corazón compasivo que había dentro de Él, un corazón que no podía soportar ver a esta gente hambrienta irse sin comer.

Este suceso tuvo lugar en la ribera opuesta del mar de Galilea, en Decápolis, donde Jesús había sanado anteriormente a un endemoniado, según se narra en Marcos 5. La única vez que Él había estado anteriormente en esta región, la gente le pidió que se fuera. Estaban molestos por la destrucción de los cerdos, lo cual también es señal de que se trataba de territorio gentil, ya que los judíos no crían cerdos. Al mismo tiempo que la gente le

pedía que se fuera, el endemoniado que fue sanado, le rogó a Jesús que lo dejara viajar con Él y seguirlo. Jesús le dijo: «No. Quédate en medio de tu gente y cuéntales lo que ha sucedido en tu vida. Yo me voy porque eso es lo que ellos desean. Pero quiero que tú te quedes, para que le digas a la gente lo que ha sucedido contigo». ¿Será posible que parte de esta gran multitud de miles que rodeaban a Cristo estuviera allí gracias a la actividad misionera del endemoniado que fue sano?

III. LA DEMANDA DE LOS FARISEOS (8.11–13)

En el siguiente versículo del texto bajo estudio la narración toma otro cariz, cuando los fariseos, los tradicionales enemigos de Jesús, llegan para dar inicio a una discusión. En Marcos 8.11–13 leemos:

Vinieron entonces los fariseos y comenzaron a discutir con él, pidiéndole señal del cielo, para tentarle. Y gimiendo en su espíritu, dijo: ¿Por qué pide señal esta generación? De cierto os digo que no se dará señal a esta generación. Y dejándolos, volvió a entrar en la barca, y se fue a la otra ribera.

Los fariseos eran los fanáticos religiosos críticos del primer siglo. Cada vez que aparecen en las páginas del Nuevo Testamento, o están colectando indicios para usarlos en contra de Jesús, o están conspirando para destruirlo.

¿Qué deseaban esta vez? Deseaban una señal milagrosa del cielo. No estaban satisfechos con los milagros de sanidad motivados por el amor que tan frecuentemente ya había hecho Jesús. Los milagros del Señor eran verdaderas respuestas a la necesidad humana. Éstas, no obstante, no incluían truenos, ni relámpagos que resplandecieran de un lado al otro del cielo, ni fuego del cielo, ni mensajes escritos con mano gigantesca en el cielo. En lugar de ello, eran solamente milagros de amor, para llenar necesidades humanas.

Esto no era suficiente para los fariseos. Deseaban una señal tangible, material, del cielo, señal que indicara que Jesús era verdaderamente el Mesías. La tendencia general de la época en que vivió Jesús era buscar a Dios en lo anormal. Se creía que cuando el Mesías viniera, sucederían los más llamativos y pasmosos eventos. Cuando falsos mesías se levantaban, como a menudo sucedió en el siglo I, ellos hacían que la gente les siguiera prometiéndoles toda clase de asombrosas señales. Los fariseos vinieron deseando ver algunos de los pasmosos eventos resplandeciendo de un extremo

al otro del horizonte, desafiando las leyes de la naturaleza y asombrando a los hombres.

Pero Jesús rehusó rotundamente hacer tal cosa. No era porque no podía hacer lo que pedían. Sí podía. Era porque no estaba *dispuesto* a hacer lo que pedían. No estaba dispuesto a darles, por lo menos, la clase de señal que buscaban, ni de la forma que la deseaban, ni para el propósito en el cual estaban pensando. Por más abundantes que sean las pruebas, éstas no pueden convencer a la persona que ya decidió no creer. Jesús sabía que los fariseos se encontraban en ese momento en una situación de total incredulidad. De nada hubieran servido todas las señales del mundo. El Señor rehusó darles señal alguna a estos hombres, porque Él conocía Sus corazones.

En el relato que hace Mateo de este suceso en Mateo 12, él hace una relación más completa de la respuesta que Jesús dio a los fariseos. En Mateo 12.39–40, dice que Jesús respondió a los fariseos:

La generación mala y adúltera demanda señal; pero señal no le será dada, sino la señal del profeta Jonás. Porque como estuvo Jonás en el vientre del gran pez tres días y tres noches, así estará el Hijo del Hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches.

En otras palabras, Jesús dijo a los fariseos: «No se les dará señal, excepto la señal de la resurrección. Estaré bajo tierra tres días y tres noches, y después resucitaré. Esa será la señal que recibirán». Y, sin embargo, al leer el relato inspirado uno se entera de que aun cuando Jesús resucitó de entre los muertos, los fariseos rehusaron recibir esa señal y no creyeron porque sus corazones estaban empeñados en no creer. Cuando el corazón del hombre está completamente opuesto a la verdad, por más pruebas que se le presenten para convencerlo, no se convencerá. Jesús dijo: «No se les dará señal». Los dejó y salió de la región de ellos, y los dejó en su ciega y terca incredulidad.

IV. LA DESCRIPCIÓN DE LO CORRUPTO (8.14–21)

El siguiente párrafo de Marcos 8 comienza así:

Habían olvidado de traer pan, y no tenían sino un pan consigo en la barca. Y él les mandó, diciendo: Mirad, guardaos de la levadura de los fariseos, y de la levadura de Herodes. Y discutían entre sí, diciendo: Es porque no trajimos pan (vers.^{os} 14–16).

Este es un párrafo extraño. Parece que la respuesta que los discípulos dieron a las palabras de Jesús no tiene sentido alguno. En realidad no lo

tiene a menos que uno se detenga a analizar el contexto que dio lugar a tales palabras. Este pasaje alumbra con verdadera luz los pensamientos que los discípulos tenían a estas alturas. El significado de esto se observa mejor si lo relacionamos estrechamente con lo que acababa de ocurrir anteriormente. Cuando se dirigían hacia el otro lado del pequeño mar de Galilea, Jesús todavía estaba pensando en lo que acababa de suceder. Todavía estaba pensando en la visita de los fariseos. También está pensando, según parece, en la reacción que el rey Herodes manifestaría a Él y a Su misión. Por lo tanto, se volvió a Sus discípulos en la pequeña barca y dijo: «Tengan cuidado, gente. Guárdense de la levadura de los fariseos y de la levadura de Herodes».

Para los judíos, la levadura era un símbolo de maldad. La levadura se relacionaba con la fermentación, y la fermentación se relacionaba con lo corrupto. Lo que Jesús en realidad les estaba diciendo a los discípulos era esto: «Tengan cuidado con lo corrupto de las ideas y de las vidas de los fariseos y de Herodes. Tengan cuidado con la mala influencia de ellos. No vayan por el mismo camino que ellos han ido».

¿Qué relación hay entre los fariseos y el rey Herodes? Los fariseos acababan de pedir señal porque el judío no podía imaginarse al Mesías excepto en términos de señales y maravillas en los cielos, y de victorias nacionalistas de Israel. Herodes, por otro lado, había tratado de encontrar la felicidad por medio de acumular poder, riquezas, influencia y prestigio. En un sentido, tanto los fariseos como Herodes se aferraban a la idea de que el reino de Dios era un reino terrenal de poder, presión, poderío y fuerza. Su punto de vista se basaba en el poder terrenal, la grandeza material y las victorias que sólo por la fuerza se podían obtener.

Por medio de esta delicada insinuación hecha a Sus discípulos, Jesús ya estaba tratando de prepararlos para algo que pronto había de venir. Era casi como si estuviera diciendo: «Escuchen, hombres. Pronto caerán en la cuenta de que verdaderamente Yo soy el Mesías. Cuando ese momento llegue, no cometan el error mortal que los fariseos, Herodes y otros judíos han cometido al suponer que yo soy un soberano terrenal, político. Las ideas de ellos son corruptas. Son como la levadura. Son malas. Tengan cuidado. No se dejen engañar por esa clase de ideas, que corren el peligro de no entender la clase de Mesías que en realidad soy».

No obstante, los discípulos no entendieron la

insinuación de Jesús. No podían pensar en otra cosa, excepto en el hecho de que sólo tenían un pan consigo y que, a menos que algo extraordinario sucediera, iban a tener que pasar hambre al pasar al otro lado del mar. Y esto, a pesar de que apenas hacía algunas horas, estos mismos discípulos observaron a Jesús alimentar a cuatro mil hombres, además de las mujeres y los niños de ellos, con siete panes. Estaban tan distraídos por la situación del pan, que no entendieron absolutamente nada acerca de lo corrupto de las ideas de los fariseos y de Herodes. Dijeron: «Debes de estar diciendo esto porque no tenemos pan». La levadura y el pan se relacionan indirectamente en cierta medida, pero la verdad es que se necesita que haya una relación poco probable para asociar aquélla con éste. Pero esa fue la única relación que los discípulos pudieron hacer. Estaban tan obsesionados por lo material, que no fueron capaces de entender en modo alguno el mensaje que Jesús estaba tratando de enseñarles.

Jesús plantea una serie de ocho preguntas muy incisivas a los discípulos. No es por enojo que hace tales preguntas, sino como quien está tratando de ayudarlo a un niño con dificultades de aprendizaje a ver una verdad manifiesta. Así dicen los versículos 17 al 21:

Y entendiéndolo Jesús, les dijo: ¿Qué discutís, porque no tenéis pan? ¿No entendéis ni comprendéis? ¿Aún tenéis endurecido vuestro corazón? ¿Teniendo ojos no veis, y teniendo oídos no oís? ¿Y no recordáis? Cuando partí los cinco panes entre cinco mil, ¿cuántas cestas llenas de los pedazos recogisteis? Y ellos dijeron: Doce. Y cuando los siete panes entre cuatro mil, ¿cuántas canastas llenas de los pedazos recogisteis? Y ellos dijeron: Siete. Y les dijo: ¿Cómo aún no entendéis?

Casi podemos percibir el patetismo en la voz de nuestro Señor cuando les preguntó: «¿Cómo aún no entendéis?».

Fue una pregunta que les hizo a los discípulos, pero también nos la hace a nosotros. Hoy día Jesús todavía está enfrentándonos y diciéndonos: «¿No entendéis? ¿No recordáis?». Trate de recordar las experiencias de su propia vida. Recuerde cuando sobrevino la pena, y que a pesar de ello, de algún modo usted salió adelante. La tentación vino, pero de algún modo usted se mantuvo firme. La enfermedad hizo presa de su cuerpo, pero de algún modo usted se recuperó. Tuvo un problema para el cual no parecía haber solución, y sin embargo, de algún modo fue resuelto. Creyó que ya no quedaba nada por hacer, y sin embargo, de algún modo usted pudo avanzar. Llegó al límite de su capacidad para resistir, pero de algún modo la presión no lo

aplastó. Si nosotros como cristianos que somos, tan sólo recordáramos, hallaríamos fe en nuestros corazones, la fe que sabe que el Dios que nos ha ayudado a llegar sanos y salvos hasta aquí, es el Dios que nos ayudará a salir de cualquier problema que se nos pueda presentar en los años venideros. De modo que la pregunta que les hizo Jesús a los discípulos, también nos la hace a nosotros: «¿Cómo aún no entendéis? ¿Cómo no recordáis?».

CONCLUSIÓN

Que Dios nos ayude a cada uno de nosotros a

estar profundamente convencidos de que él es completamente capaz de velar por nuestras necesidades. Recuerde las palabras que Pablo les escribió a los filipenses en Filipenses 4.19: «Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús». Esa es la lección que Jesús estaba tratando de enseñarles a los discípulos en todo momento, y que ellos fueron tan tardos para aprender. Esa es la misma lección que Él está tratando de enseñarnos a cada uno de nosotros hoy día, y que nosotros, al igual que ellos, somos tan tardos para aprender.

©Copyright 2003, 2006 por La Verdad para Hoy
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS